

Número 82

REPUBLICA DE COLOMBIA

Marzo 1.º: 1913

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR

DE

## NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



*Nova et vetera*

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMXIII

## CONTENIDO

Sobre el estudio de las lenguas.....	JOSÉ MARÍA RESTREPO MILLAN
Amor por amor.	
Un pedagogo de la época del renacimiento.....	LUDOVICO PASTOR
Bibliografía colombiana.	
Rodolfo Danies.	
Traducción de un poeta colombiano	THOMAS WALSH
Sobre Rufino José Cuervo.....	E. MARTINANCHE
Dos poesías inéditas.....	RAFAEL POMBO
Actos Oficiales.	
Prólogo de un libro.....	R. M. CARRASQUILLA
Conferencia escolar.....	MONS. BAUNARD

# REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de marzo de 1913

## SOBRE EL ESTUDIO DE LAS LENGUAS

Tesis para el examen de Didáctica, en el año de 1912

### CAPITULO I

#### ELEMENTOS EDUCATIVOS DEL ESTUDIO DE LAS LENGUAS EN GENERAL

Daremos en esta parte una rápida ojeada a la influencia ejercida en los diversos ramos de la educación, por el estudio de las lenguas. Veremos la educación física, la intelectual y la moral; la educación artística y la social y política.

#### §. I—Educación Física

Santo Tomás dice que cada potencia se crea su propio órgano; bien podemos decir nosotros que todo ejercicio racional perfecciona el órgano que sirve para ejecutarlo. Los órganos del lenguaje son, pues, los que más directamente salen favorecidos con el estudio y práctica de las lenguas.

Es obvio que el que sabe pronunciar perfectamente muchos sonidos, buena parte de los cuales no se encuentran en la lengua materna, lleva al que no sabe hacerlo, grande ventaja para la vocalización, la elocución y, en general, para la facilidad de expresarse. La recta pronunciación de

los sonidos particulares de una lengua cualquiera es, para los labios, la lengua y la glotis, un ejercicio muscular, como lo es la gimnasia para los brazos o las piernas. Las sutiles diferencias de pronunciación que frecuentemente ofrecen las lenguas en una misma letra, como, por ejemplo, las que presenta la *e* en francés (*é, è* y *e*), son un excelente ejercicio gimnástico que educa los diferentes órganos elocutivos y les enseña a emitir con toda exactitud los sonidos correctos que cada caso exija.

Si se enseña a los niños, de una manera clara y distinta, a pronunciar letras que en la lengua materna no existen, y se hacen continuamente ejercicios racionales sobre esto, nunca tendrá la boca infantil vicios de pronunciación, porque adquirirá una especie de destreza mecánica, que le enseña, en cualquier caso, a dar a las letras los sonidos que deban dárseles, de acuerdo con la pronunciación de los que lo hacen bien.

La íntima unión en que se encuentran los órganos auditivos con los elocutivos, hace que el provecho que el estudio de las lenguas les reporta no sea pequeño. Naturalmente, para poder pronunciar bien cualquier sonido, es preciso haberlo escuchado muy bien antes, y haberlo apreciado en todas sus partes y formas, lo cual es oficio del oído. Esto nos dice que la educación de los órganos de la palabra supone siempre la educación del oído, que es el que, mediante la correcta audición, ha de permitir la correcta pronunciación.

Por otra parte, el estudio y práctica de las lenguas dota al oído de una gran destreza para apoderarse de las sutiles diferencias entre los sonidos, porque obliga al alumno a estar muy atento a los matices de la pronunciación ajena, si quiere entenderles, y a los de la suya propia, si quiere hacerse entender.

Por lo que mira a las lenguas muertas, cuya pronunciación está subordinada a la del idioma que habla el que las estudia, el provecho que en ellas obtienen el oído y los órganos de la palabra es el de estar constantemente oyendo y pronunciando una lengua hermosa, aun en la imperfección fonética que le concedemos. Porque, ¿quién será capaz de negar una altísima belleza musical en un trozo de Marco Tulio, por ejemplo, o de Platón? Aun los que no saben latín ni griego, encuentran un encanto especial en oír leer trozos de la literatura de estos dos idiomas.

Por todo esto se ve de cuánta importancia sería en la educación primaria—donde no es posible, por consideraciones que ya veremos, aprender lenguas,—el estudio de un alfabeto fonético, científicamente elaborado, en el cual se hallarán los sonidos particulares de muchas lenguas.

## § II—Educación intelectual

De la misma manera que el ejercicio físico, hecho científicamente, da al cuerpo aptitudes y perfecciones que no lograría alcanzar por otro medio, así el estudio ordenado y racional, sea cual fuere la materia sobre que verse, desarrolla el entendimiento y le comunica capacidades que no le sería dado adquirir por otros medios.

Cuando la materia del estudio es de tal naturaleza que lo hace placentero, ya por poseer cierta difícil facilidad, que consiste en que las dificultades que presente no sean nunca invencibles, pero tampoco nulas, sino que se mantengan en un medio donde sea trabajosa, pero posible, su solución, ya porque el progreso diario sea evidente, ya por otra causa cualquiera; cuando esa materia se puede estudiar progresiva y racionalmente, es decir, cuando el estudiante va partiendo siempre de lo conocido a lo desconocido, basándose profundamente en lo que ya sabe, y necesitando siempre de tal suerte que si flaquea no puede pasar adelante; cuando la materia del estudio abre los horizontes de la vida futura, y ostenta brillante su conocimiento,

no sólo por lo que él es en sí, sino por las consecuencias que más tarde se siguen de él, entonces ese estudio es un verdadero e indispensable medio para educar y desarrollar la inteligencia, y el que lo emplea como tal, puede estar bien seguro de que nutre el joven entendimiento con semillas que producirán pingües frutos, no solamente por lo que se refiere a la ciencia misma, sino al campo educativo en general.

El aprendizaje de las lenguas es un estudio en que todas estas cualidades se reúnen en grado eminente. Más lejos tendremos ocasión de notar cómo en este estudio es donde más se goza con el progreso diario, porque en él es en sumo grado evidente; cómo la índole misma de las lenguas, en general, pide que el método del estudio tenga tal naturaleza, que no se pueda avanzar un paso sin conocer bien el terreno sobre que está fundada la base. ¿No es, además, infinitamente amplio el horizonte de un poliglota, es decir, de un hombre capaz de entender el pensamiento y los medios de expresión de millares de sus semejantes que viven una vida distinta de la suya, que acarician ideales, quizá opuestos a los suyos, que están animados por sentimientos que él nunca experimentó? Además, dice Aristóteles que el mayor goce posible en esta vida es la operación de la sabiduría: ¿Dónde obrará con mayor libertad, con más grande amplitud y con mejores frutos la sabiduría que en el arte de interpretar a los hombres en sus diferentes idiomas? Cada batalla que se gana en el estudio de las lenguas, cada corona que se conquista es una ocasión de goce con esa operación de la sabiduría de que habla Aristóteles.

De inestimable valor es, por otra parte, el estudio de una lengua cualquiera, para penetrar en la índole del pensamiento y de los sentimientos del hombre. La semántica es una ciencia que muestra la evolución que sufre una idea, según el sentimiento de que está lleno el que la expresa, y

según las ideas con que se va asociando en su marcha a través de las generaciones y de los siglos.

La frecuencia, la destreza y la rapidez con que nos es preciso razonar, cuando aprendemos una lengua, al ir a expresar algo en ella, o a interpretar algo que ya está escrito en ella, comunican a la razón una flexibilidad y una prontitud muy grandes. Además, por algo se habrá dicho que la lógica y la gramática son hermanas gemelas; la segunda es la aplicación teórica y práctica de la primera a los medios de expresión del pensamiento humano. En la gramática se emplea a cada paso, ya la síntesis, ya la análisis, se raciocina, ya induciendo principios generales de la observación de muchos casos aislados, ya deduciendo conclusiones y leyes de los principios establecidos. Por eso su estudio es tan fecundo cuando se trata de aprender a observar fenómenos sueltos, a asociarlos entre sí, a sintetizarlos en un principio, y, luego, a sacar de ahí la consecuencia que se buscaba y que rige, en calidad de ley o de norma, todos esos fenómenos. En todo esto se procede con riguroso método, lo cual no deja de constituir una muy fructuosa cosecha en el campo de la educación intelectual.

No será cosa que exija pruebas la afirmación, dictada por la experiencia, que tanto se ejercita la memoria en la tarea de retener todas las palabras, locuciones, giros, reglas gramaticales, etc., de una lengua, que vienen ellos como a incrustarse en nuestro propio ser, de modo que, más tarde, no cuesta ningún trabajo recordarlos, pero antes, ellos se nos ocurren con la mayor naturalidad; vienen, pues, como a formar parte de una especie de lenguaje natural. Esto da una afinación notable a la memoria, como es fácil de comprenderse, pues la enseña a asimilarse todo lo que por ella pasa. Y no hay miedo de que el memorismo y el verbalismo, con sus estragos de verdadera peste bubónica, vengán a hacer presa de facultades tan nobles: el entendimiento no se asimila palabras sino ideas, y, precisamente, al estudiar una lengua y aprender sus palabras, se adquiere lo que se llama

la conciencia del lenguaje, o sea la facultad de ver en cada término, no la palabra, sino la cosa significada, porque para que cada palabra extraña se grave en nuestra memoria, es preciso saber a qué corresponde en el mundo real y cuál es su significación.

Ahora, si tomamos en detalle el provecho que en la memoria produce el aprender lenguas, vemos cómo la memoria auditiva se fortalece, puesto que le es preciso al niño recordar las palabras y locuciones habladas, y conocerles su valor a todo momento; cómo se aguza la memoria óptica que se ve obligada a reconocer las palabras escritas, por su ortografía; cómo la memoria imaginativa entra en activo juego, y obtiene, así, grande desarrollo, porque recordar los modismos y frases hechas, cosas todas propias exclusivamente de la lengua, es tarea de imaginación; el hombre para designar lo que no cae bajo el dominio de los sentidos lo asocia con otras cosas por medio de metáforas, basadas todas en imágenes vivisimias; estas imágenes expresadas en la forma espontánea, natural del pueblo, es lo que constituye los modismos de una lengua, modismos que cambian, de acuerdo con la índole de los pueblos y los modos peculiares que tiene cada uno para mirar las cosas. En cuanto a la memoria intelectual, lo dicho arriba acerca de la memoria en general, es bastante: hemos sentido que el memorismo queda desterrado del estudio de los idiomas, ya que con él se acentúa de una manera definida e indeleble la conciencia del lenguaje.

### § III—Educación Moral

Como la educación moral obedece a tantas y tan diversas circunstancias, como son, entre otras de menor importancia, los estímulos naturales del niño y los temperamentos, nos ha parecido conveniente estudiar las relaciones del estudio de las lenguas con cada una de ellas.

### ESTÍMULOS NATURALES

Son muchos los estímulos naturales del educando, pero aquí no estudiaremos sino cuatro: la actividad, la emancipación, la producción de algo perfecto hasta donde más sea posible, y la curiosidad, que son los medios que más directamente explota el estudio de las lenguas.

*La actividad*—En el curso de nuestro estudio de didáctica hemos probado que la actividad es un estímulo natural del hombre, mediante la observación de que el ser racional, en todas las etapas de su vida, desea estar activo. Desde que en la niñez pone por obra todo género de travesuras, hasta que en la edad madura y en la vejez, tiene el deseo de hacer algo provechoso, algo que lo haga avanzar, manifiesta en todo momento una necesidad innata de estarse moviendo, de estar haciendo algo.

También demostramos cómo a la actividad se la mira de dos maneras: o se le da suma importancia y se abusa de ella, o se le niega toda eficacia educativa y se trata de cohibir al niño por cuantos medios están al alcance del educador. Ambos proceder, según sabemos, son extremos; lo recto está en el medio: se debe aprovechar de la actividad del niño, conteniéndosela y dirigiéndosela por el camino recto, sin permitirle el derroche ni la desviación.

Entrar en detalles sobre esto, es inútil. Ocupémonos ahora en probar el buen uso y acertado empleo que de la actividad hace el estudio de los idiomas:

Nada excita más la actividad y el deseo de obrar que el buen resultado en la tarea o el feliz vencimiento de las dificultades que su ejecución presenta. En el estudio de las lenguas el progreso diario es sobremanera evidente: cada día se puede decir algo más, se puede comprender algo más; cada nueva cosa que se aprende, lejos de venir a ocupar el puesto de otra noción conocida atrás, la afianza con mayor fuerza, pues le es de todo punto necesario tener un

fundamento sólido sobre qué basarse. Y si no fuera así, si lo que va quedando atrás pudiera, sin detrimento de lo que está por delante, oscurecerse, como pasa, por ejemplo, en historia, el alumno de idiomas no obtendría verdadero progreso, porque en vez de ser capaz cada día de hablar más y de traducir más, sólo aprendería cosas nuevas que vendrían a quitar el lugar a las viejas y que tendrían que cedérselo mañana a las que entraran. Véase, pues, cómo la naturaleza misma del estudio de las lenguas exige que haya verdadero progreso diario para poder surtir sus frutos.

En el estudio de los idiomas siempre se adelanta, siempre se obra, siempre se hace algo nuevo. Nunca hay destrucción ni retroceso. Las mismas dificultades con que se tropieza avivan la actividad, porque al contemplar la obra hecha y al ver las batallas tan gloriosamente libradas y ganadas, crece la ambición y el espíritu se siente arrastrado por una fuerza irresistible a conseguir algo más. El haber trabajado con tanto fruto no puede producir otro efecto que el más vivo deseo, la necesidad de seguir trabajando para continuar en tan magnífica recolección.

Esto no quiere decir que el estudio de las lenguas dé a la actividad más riendas de lo que es prudente. En él hay que vencer dificultades, a veces sumamente grandes, para poder avanzar; nada puede quedar débil en la base, porque no es posible edificar luego nada de verdadero valor; ese mismo progreso, que tanto halaga al deseo de obrar, requiere que ese deseo imperioso sea contenido hasta tanto que lo que va quedando atrás esté bien afianzado. Hay, pues, en el estudio de las lenguas, un límite a la actividad; no se puede trabajar a tontas y a locas, de la manera que más le venga en talante al educando o al educador, es preciso ceñirse a una medida, indicada, por otra parte, por el monto mismo de trabajo, tanto del maestro como del discípulo.

Demuestra todo esto cómo el estudiar lenguas aviva poderosamente la actividad, pero de una manera racional

y educadora, porque no la deja desbordar ni la cohibe demasiado: le presenta un ancho campo donde espigar, pero la obliga a someterse a un límite proporcionado al trabajo que realiza el que estudia. El educador puede de esta manera encaminar la actividad desarrollada al fin que tenga como ideal, porque es una actividad enérgica pero dócil, que sabe moverse en caso necesario, pero que lo hace pausadamente y que sabe reprimirse cuando debe hacerlo a causa de verse obligada a detenerse un poco en algún punto, o tener que volver algún tanto hacia atrás. Y no sólo una actividad de tal manera dispuesta hace favorable al educador la educación del niño, sino que también hace a éste capaz de educarse por sí solo, porque mediante ella y el estudio donde ella se desarrolló el muchacho ha aprendido a amar un ideal noble y levantado, cualquiera que sea el orden en que se encuentre, sea ya en el moral o en el intelectual, o en el puramente físico, ha aprendido también a consagrarle al fin que tenga en mira todas sus energías y sus buenas cualidades, y ha aprendido a dominar sus ímpetus cuando las circunstancias lo exijan.

*La emancipación*—También hemos estudiado en nuestro curso de didáctica cuán grande estímulo es la emancipación, pero también cuán grandes peligros encierra si el niño cae en manos de un educador ignorante y dominado por prejuicios funestos. Si se trata de destruirla en el niño, o se convierte éste en un Juan Lanás, o cuando se vea libre se hace el libertino más perverso, porque toda aquella energía interna, por largo tiempo comprimida, estalla con fuerza incalculable; si, por el contrario, se le deja la rienda suelta, el niño se acostumbrará a imponer su absoluta voluntad en todo, y esa energía quedará ineducada; mientras que si se le enseña sabiamente de qué cadenas debe libertarse y cuáles son los vínculos a que debe sujetar su voluntad, la emancipación se habrá desarrollado en una senda justa y recta, y el niño no trocará nunca la obediencia a la autoridad legítima por la esclavitud ni la in-

dependencia en rebeldía. El que se ha educado independiente de esta manera sabe que su libertad precisamente está basada en la conducta recta, porque de otro modo ella se borra para dar el puesto a la más vergonzosa de las servidumbres, que es la de las pasiones, según decían los griegos. No hay libertad más legítima que la de mantener la libertad misma limpia de toda humillación.

En el estudio de las lenguas este estímulo encuentra un desarrollo, si no tan grande como el que tiene la actividad, sí de mucha importancia, especialmente porque la facilita para encaminarse por las vías del honor y del bien :

Es un dicho viejo y muy trillado, atribuído a Carlos V, a Goethe y a otros grandes personajes de la historia, que el hombre vale por tantos hombres cuantas lenguas conoce. Realmente el saber comunicarse úno con semejantes suyos, habitantes de otras tierras, espectadores de otros horizontes, cultivadores de otros ideales, es cosa que pone en el ánimo la conciencia de la independencia y de la superioridad. En cambio, el que por su ignorancia en lenguas se halla obligado a reducirse a un estrecho círculo, no ve grandes horizontes extenderse ante él, y comprende que el mundo no está abierto sino para los que son capaces de recorrerlo a pie seguro y con la facultad de entender y hacerse entender en diversas regiones.

Ahora, esta independencia es conquistada por medios brillantes y encaminada a fines esplendorosos, y, por tanto, al educador le es fácil dirigirla a donde él quiera. Ha nacido en tierra noble y ama los caminos honrosos.

*Producción de algo perfecto*—Parece ocioso advertir, antes de avanzar, que aquí entendemos la perfección dentro de la medida más amplia a que alcancen las fuerzas del hombre.

En el curso de estética se estudia la necesidad que tiene el hombre de lo bello : tanto de producirlo como de emocionarse con él. Esta necesidad se puede aprovechar como un estímulo moral poderosísimo, porque en toda época el niño,

el joven, el hombre maduro y el anciano, experimentan la necesidad de lo bello, ya pasiva, ya activamente, y eso entraña el empleo de muchas facultades y energías, que de otra manera quedarían dormidas, como, entre otras muchas, la constancia, la agudeza en el espíritu de observación, la perfección de los ideales internos, porque, según dice San Gregorio de Nisa, el que ama lo bello se hace bello a sí mismo.

Al estudiar la didáctica dejamos sentadas nuestras teorías acerca del sloyd, que tiene tantas relaciones con este estímulo. Nosotros sólo nos proponemos mostrar el desarrollo que el deseo de producción perfecta adquiere por medio del estudio de idiomas.

El hacer temas y traducciones que han de seguir, aunque no servilmente, una norma perfecta, es un verdadero ejercicio de sloyd, que beneficia todas las cualidades que él desarrolla: la *paciencia*, porque semejante trabajo requiere lentitud y calma para ser ejecutado, de otro modo se corre propincuo riesgo de estropearlo todo; la *constancia*, porque si la obra queda mal hecha, es preciso volverla a hacer, y cada vez que no resulte lo mejor posible hay que empezar de nuevo, hasta que por fin se logre toda la perfección apetecida; la *sinceridad* y la *honradez*, porque, como ya sabemos, tanto por experiencia como por estudio especial, que el acostumbrarse a expresarse por hechos aleja del ánimo todo germen de hipocresía, el niño se acostumbra a ser franco y sincero con la obligación frecuente de presentar a la inspección del maestro tareas claras, bien hechas, sin nada encubierto; el *espíritu de observación*, porque por lo mismo que obliga al alumno a dejar su obra muy bien hecha, le es necesario poner mucha atención a todos los detalles para no olvidar ninguna regla gramatical, ni ningún modismo de la lengua que aprende, reglas y modismos que debe aplicar prontamente dondequiera que se presente ocasión para ello; la *inventiva*, porque la construcción de cada frase, si bien ha de sujetarse a las leyes de

la gramática y del buen sentido, presenta ancho campo a los diferentes giros que proporciona la libertad de la retórica.

Aparte de esto, las ocasiones que presenta el estudio de las lenguas para componer y redactar son inestimables; es un ejercicio doble, porque el estudiante aprende a desplegar su arte, tanto en la lengua propia como en la extraña. Y si el educador es una persona inteligente que sepa dirigir este ejercicio con tino y prudencia, logrará grandes ventajas en la educación, tanto moral como artística, del niño. El espíritu de observación de éste no sólo se desarrollará sino que se ennoblecera y tomará vuelos gigantescos que después serán de valor incalculable en la vida.

Por otra parte, también el estímulo de lo bello se desarrolla en las lenguas por el hecho de dar el conocimiento de ellas franco paso a los tesoros de las literaturas. No hay duda que las traducciones bien hechas de los grandes maestros son verdaderas piezas literarias, pero todavía es más claro que lleva grandes ventajas el que lee los autores en su lengua original y los comprende bien. No es lícito ni de buena fe juzgar a nadie a través de la interpretación de otro. Y el genio de las lenguas es tan diferente en cada una, y las peculiaridades que tiene cada idioma encierran tantas bellezas propias, que, por buenas que sean las traducciones, nunca se llega a sentir toda la belleza de la composición original. Sin contar con que nunca una traducción sigue al autor con la fidelidad que fuera de desear; cite-mos, al acaso, las traducciones de la colección de Nisard, de autores latinos, la traducción del *Excelsior* de Longfellow, por don Teodoro Llorente, etc.

*La curiosidad*—El deseo de conocer algo que se ignora pero de cuya existencia se tiene alguna noticia, es decir, la curiosidad, es lo que ha conducido a todos los sabios a las alturas a donde han llegado. Si no hubieran tenido ellos ese deseo, no se habrían tomado el trabajo de investigar, y sus descubrimientos, o se habrían retardado,

o estarían por hacer. Esta es la más elocuente demostración de que la curiosidad es un verdadero estímulo educativo, y uno de los más poderosos.

Pero esa misma fuerza de que está investido lo hace peligroso y en extremo dañino si es manejado por manos inhábiles: el educador que trate de matar la curiosidad del educando y lo consiga, le hará un daño enorme, porque le arrebatará el verdadero aguijón de la ciencia; el que no ansía saber, nunca llegará a saber nada. Pero lo más probable es que ese intento mortífero no se logre; entonces aquel deseo inmenso de saber, de investigar, atado por largo tiempo con odiosas cadenas, al verse libres de ellas, hará explosión de una manera violenta y, más bien, con daño que con provecho del educando. Lo verdadero está en saber encaminar la curiosidad hacia lo que es digno de interés, y enseñarle a que cuando se interese por algo, lo haga de acuerdo con razones ciertas y no por puro capricho. Si no se adopta este procedimiento, sino que se le abren todas las válvulas a la curiosidad infantil, lo que se logrará formar será un muchacho lleno de desecor tontos y acostumbrado a ser complacido en todos ellos.

Cuando la tarea a que se dedica una persona cualquiera va presentando cada vez aspectos más brillantes, se va haciendo siempre más amable, su interés va creciendo, y por tanto la curiosidad, el deseo de completarla y lograr el fin que se tuvo en mira para comenzarla, crece poco a poco y se va convirtiendo en un estímulo casi invencible que nos obliga a trabajar. No hay tarea más brillante que aquella en la cual cada esfuerzo se ve recompensado con un triunfo, y a cada batalla sigue una victoria; el amor a un estudio germina, nace y se desarrolla cuando, a medida que se profundiza en él, se van encontrando maravillas y encantos nuevos que cautivan nuestra atención y dejan adivinar algo de lo que habrá más lejos. Semejante trabajo es el más propicio terreno para aprovechar la curiosidad, como fácilmente se habrá comprendido. Pues bien, el estudio de lenguas no

es otra cosa. El que ve que cada día hace un verdadero progreso, y que aprende algo nuevo que, al asociarse con lo ya sabido, toma proporciones mayores, le toma amor muy sincero a su trabajo y se deja arrastrar fácilmente por la curiosidad que le despierta.

La curiosidad se desarrolla en el estudio de las lenguas de una manera progresiva, porque el primer día, el alumno apenas empieza a conocer la lengua, más tarde sus más sencillas diferencias se le presentan, por último, llega el día en que el estudiante se ve frente a frente de las más rebeldes dificultades de la lengua, y, por consiguiente, de sus más atractivas notas.

El medio mismo de que se vale el estudio de idiomas para despertar la curiosidad, la educa racionalmente, porque la despierta por medio de dificultades que es preciso ir venciendo una a una antes de serle permitido pasar a conocer otras cosas. Además la va desarrollando de una manera noble, porque le pone siempre como objeto, algo bueno, algo elevado, y la acostumbra a sólo interesarse por lo que realmente merece interés.

JOSÉ MARÍA RESTREPO MILLAN

*(Concluirá)*

---



---

## AMOR POR AMOR

### I

Era poco después de medio día. Las campanas de la parroquia gemían tristemente invitando a los fieles a elevar una plegaria por el eterno reposo de un hombre ilustre, gran sabio y gran cristiano: el doctor Alvarez.

En la gran plaza de la iglesia apiñábanse los curiosos para presenciar el paso del entierro, cuyo cortejo, formado por los asilados del hospicio, las representaciones de varias órdenes religiosas y del clero, e innumerables amigos